

**ESCALERA CORDERO, Matías**

***Historias de este mundo***

**Editorial Baile del Sol, 2010**

Empecemos por el principio, identificando al personaje. El autor de *Historias de este mundo*, Matías Escalera Cordero (Madrid, 1956), a pesar de ser casi un desconocido para el gran público, muy probablemente debido a su propósito de situarse en los márgenes de la ideología literaria actual y de permanecer en las afueras de los circuitos del *marketing* literario, es a su vez un escritor muy prolífero. Autor de muy diversas obras de distintos estilos y géneros, Escalera Cordero irrumpió en la escena literaria en 2008 con un poemario cuyo título adelantaba entonces cuáles iban a ser los dos pilares fundamentales sobre los que se habría de sostener su producción literaria: *Grito y realidad*. Matías Escalera inicia con este libro un proyecto literario en el que trata de devolver a la realidad su carácter aprehensible, material e histórico, frente a los discursos dominantes que la fragmentan y la convierten en un objeto resbaladizo; y a su vez pretende Escalera prevenir al lector sobre la dificultad de su propósito debido a que la palabra, instrumento de trabajo del escritor, ha sido expropiada y, una vez caída en manos perniciosas, se vuelve enemiga, ambivalente y esquiva, abandonando con ello su función primitiva de comunicar para ponerse al servicio de una clase dominante que se sirve de la ella para ocultar precisamente esa misma realidad que el autor reivindica. Es entonces, advierte Escalera, cuando se vuelve imperiosa la necesidad del grito; porque cuando su instrumento de trabajo –la palabra– se torna nocivo, no nos queda sino cernir nuestra desconfianza sobre ella. Y sobre esta desconfianza en la palabra, que nos aleja más que nos aproxima de la

realidad histórica, se construye la poética de Matías Escalera Cordero. Un nuevo poemario (*Pero no islas*, 2009), una novela (*Un mar invisible*, 2009), una obra de teatro (*El refugio*, 2009) y ahora un libro de relatos (*Historias de este mundo*, 2011), además de su labor como crítico e investigador literario, presente en obras como el libro colectivo *La (re)conquista de la realidad* (2008), que el propio Escalera se encargó de coordinar, subrayan la coherencia discursiva de un autor que, a lo largo de su trayectoria literaria, ha sabido conciliar la teoría con la *praxis* literaria.

Porque los libros de Escalera Cordero registran un *continuum* e incluso podemos afirmar que dialogan entre sí. De hecho, los personajes que protagonizan *Historias de este mundo* podrían definirse a la perfección sirviéndonos de unas palabras que su autor ofrece en el prólogo de otro de sus libros, *Pero no islas*. Allí se dice que cada uno de los poemas está protagonizado por:

... seres asustados, confundidos, crueles, miedosos, solitarios, condenados a la incomunicación en ciudades inhabitables y delirantes; seres perdidos fatalmente en medio de un océano de desamparo. Estúpidos y ruines, quizá; pero no islas (p. 12)

Pero en esta caracterización, mediante el uso de adjetivos, que hace Escalera Cordero, tal vez habría que añadir una última calificación: felices. Porque los personajes de *Historias de este mundo*, además de ser miedosos y crueles, solitarios y delirantes, estúpidos y ruines, tal vez también hayan sido felices en su prehistoria narrativa, *i.e.*,

antes del tiempo de la enunciación. La felicidad define a los personajes hasta que se produce el momento en el que toman conciencia de su verdadera existencia. Un ejemplo de ello es el relato "Homenaje al andante" cuyo arranque narrativo se encuentra precisamente en ese momento en el que se establece la ruptura con la *doxa* de un mundo que se representa a sí mismo ordenado, se inicia en el instante en que su protagonista, convertido en un espectro angustioso y solitario, entiende que la realidad no es tal y como se presenta ante sus ojos, que lo que se encuentra frente a su mirada no es sino un simulacro de imágenes y de sombras; y él, un ser abandonado y sin valor, cuya existencia incluso llega a cuestionarse. Es entonces, tras el momento de ruptura, cuando se siente más próximo a la muerte que a la vida. Dice así el texto:

–Si estamos muertos –me digo. Miller (Arthur) dixit–, entonces, en realidad, son las imágenes quienes nos andan... Quienes nos andan y nos simulan –nos compran la vida– la vida. Las cosas. Sí, nos compran las cosas y decimos: Somos nosotros. *Eso, somos nosotros*, y sabemos que no es cierto, que no puede ser; pero obstinados, como el idiota desconocido de la esquina, de las gasolineras –cualquiera–, decimos:

–Sí, somos nosotros...

Y sabemos que no es cierto, que no puede serlo, porque si eso somos nosotros, entonces hemos desaparecido, nos hemos disipado en las cosas sin valor que nos han comprado las imágenes, las sombras detrás

de las cuales andamos, corremos, perdemos el culo, total por nada, por sombras de cosas compradas por sombras de nosotros, sombras al fin y al cabo de nada... (p. 41)

El capital desdibuja la identidad de los sujetos, y los diluye a la vez que los cosifica en el proceso de reificación que convierte a los hombres en mercancía. La explotación acerca al hombre a la muerte, porque hace que se olvide o que dude –se aliene– incluso de su propio cuerpo. Entonces tanto la felicidad como la estupidez se vuelven inconcebibles; sólo queda la angustia de un hombre solo, que súbitamente se encuentra en un mundo que no reconoce. La soledad en la que se halla el andante que protagoniza el relato, esa soledad angustiosa que no es sino trasunto de una libertad recién descubierta, como recién descubierta es una realidad que siempre había estado allí pero que sólo ahora es posible atrapar su sentido, se encuentra muy en consonancia con la soledad de otro personaje literario (y aunque no es este el lugar adecuado para hablar de intertextualidad, es relevante sacarlo a colación, ya que acentúa de nuevo la coherencia discursiva de Escalera Cordero) como es el protagonista del *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, autor sobre el que es especialista Matías Escalera, y que de buen grado ejerce su influencia.

Este es nuestro mundo y estas sus historias. Sin embargo, no somos capaces de reconocer nuestra existencia histórica en él ni de percibir su verdadero –e invisible, pero objetivo– funcionamiento. Y ante este hecho, no podemos sino formularnos la idéntica pregunta que Matías Escalera se formula en un breve e intenso poema incluido en *Grito y realidad*, titulado "De vita breve". Dicen así sus apenas dos versos:

Si tenemos el desastre ahí delante de nosotros

Por qué no lo vemos (p. 54)

La repuesta nos la ofrece nuestro autor a lo largo de su *opera omnia* y, en concreto, en las palabras preliminares de *Historias de este mundo*, donde advierte al lector que la función primordial del libro no es otra que "desentrañar las decenas de discursos mentirosos con los que se ha construido –por amontonamiento histórico– la realidad [*nuestra realidad*]" (p. 9. La cursiva y el corchete pertenecen al texto). La realidad, en los tiempos posmodernos que vivimos, ha quedado reducida a relato; cuando nos referimos a ella, consiguientemente, no nos referimos al objeto histórico y material que es la realidad, sino a una construcción lingüística de la misma. La realidad se diluye en un mar de significantes y entonces de su objeto no queda más que una representación, que su relato. Nuestra realidad –añádase, si se quiere, la cursiva al posesivo, a la manera de Escalera, como una forma de señalar el hecho de que nos ha sido expropiada–, ha sido adulterada, tergiversada y falseada por los discursos hegemónicos y, desde la literatura, propone Matías Escalera, se debe emprender la lucha ideológica para –en alusión al título de su ensayo– reconquistarla, o acaso conquistarla por primera vez, si convenimos que en realidad nunca nos perteneció del todo. Pero, ¿cómo?, ¿con qué palabras?, se pregunta el escritor en su mesa de trabajo: ¿qué palabras usar cuando también estas han pasado a formar parte del arsenal enemigo?, ¿cómo hablar de libertad cuando esta aparece tergiversada al lado de adjetivos tales como "digital" o "dura-dera"?, ¿cómo hablar de revolución si por revolución se entiende una nueva campaña de promoción de teléfonos móviles? Cómo no desconfiar de las palabras... Porque el mundo, la realidad tal y como la percibimos, mediada por la ideología dominante, se construye por medio de palabras, por una "decena de discursos mentirosos",

que decía Escalera. Y el escritor no puede sino plantearse qué hacer con las palabras cuando es consciente de que las palabras hacen y pueden hacer tanto mal. Qué hacer cuando descubre que su instrumento de trabajo, las mismas palabras con las que él produce su discurso, sirven a su vez para legitimar la explotación y la muerte. Esta reflexión cobra vital importancia en la poética del autor de *Historias de este mundo*.

Tal vez el relato titulado "El nombre de la mesa" sea una metáfora de la búsqueda de una estrategia con la que obtener una respuesta a esta problemática. Un relato en el que su protagonista, una vez que toma conciencia de la relación lenguaje/mundo y asume que el mundo no es sino una construcción lingüística –tras un suceso en su vida en el que descubre que es posible nombrar lo inexistente y de ser interpelado por su hija como un mero *gilipollas* a la hora del desayuno–, decide emprender una huida para nombrar de nuevo el mundo –"aprender de nuevo el mundo" (p. 49), dice–, prescindiendo de la ambivalencia de las palabras mentirosas. Dice así el personaje:

...debía empezar de nuevo, por el principio; debía aprender a nombrar el mundo de nuevo, pero desde la primera palabra, antes del principio; desde el principio de los principios, para ver si dejaba de ser, por fin, un auténtico gilipollas... (p. 47)

Decide el personaje desaprender el nombre de las cosas, desea "no saber nada y aprenderlo todo de nuevo!" (p. 48), sueña con

...aprender a nombrar de nuevo el mundo partiendo de cero, en medio del mar Egeo, o de las estepas rusas, o de los fiordos noruegos (tenía que decidirse, antes de caer en la tentación de instalarse, una vez más, en lo conocido) le parecía un acto loco,

descabellado, llamativo y delirante, quizás; pero, de ningún modo, la decisión de un gilipollas... (p. 49)

Pero el objetivo de este acto de renombrar la realidad no es otro que:

...volver a decir la verdad...

...esto es *una mesa* o aquello es *una ventana*...

...y nombrar los colores, y las formas, y las distancias...

...*rojo*, o *azul*, o *amarillo*, o *cuadrado*, o *recto*, o *arriba*, o *debajo*...

... como si fuese todo la primera vez, como signos de un mundo ordenado, sencillo, amable y acogedor, sin conflictos ni paradojas (...); un idioma en el que ni siquiera se sospecha la existencia de vocablos como...

... *mentira*, *soledad*, *sufrimiento*, *dolor maligno*, *escrofuloso*, *matrimonio*... (pp. 49-50)

Y quizá no sea otro el objetivo de la propuesta literaria de Matías Escalera Cordero: volver a decir la verdad, construir un lenguaje *otro* por medio del cual no sea posible la mentira ni el dolor, un lenguaje que, por consiguiente, no pueda ser utilizado por la ideología dominante para tergiversar la realidad y presentarla ante nuestros ojos falseada, un lenguaje que nos permita ver el desastre cuando este se encuentre delante de nuestros ojos. El propósito del protagonista de "El nombre de la mesa" sintetiza a la perfección la poética del autor de *Historias de este mundo*:

...la idea de escribir en esta nueva lengua –sencilla y sin mentiras: al menos, así la imaginaba– una literatura sencilla y fran-

ca completamente inventada, que no fuese el lamentable producto del largo ensueño fantástico e ideal de unos padres y de unos profesores mañosos e incautos –muy satisfechos de su inmensa ignorante vanidad–, le seducía y le atraía... (p. 50)

No es descabellado sostener que la literatura de Matías Escalera parte asimismo de la idea de escribir en una lengua nueva, en un lenguaje *otro*. Pero, a diferencia de la nueva lengua que pretende inventar el personaje del relato, la de nuestro autor no es ni mucho menos sencilla, ya que en su literatura operan múltiples elementos de orden sintáctico y semántico que le otorgan al texto una enorme complejidad. Uno de los rasgos que caracterizan la literatura de Escalera Cordero –tanto en poesía como en narrativa y en menor medida en teatro– es el uso, y acaso el abuso, de paréntesis, guiones parentéticos, acotaciones y aposiciones; pero esta complejidad no es en absoluto gratuita; esta estrategia formal y formalista no hace sino acentuar, como se ha dicho arriba, la desconfianza de su autor hacia la palabra. Porque cada palabra puede ser utilizada en su contra. Matías Escalera opta por poner en riesgo la transparencia del texto, su claridad y su sencillez, a que las palabras terminen por impostar su voz. Por ello Escalera acompaña cada sustantivo de uno o más especificadores que rompan su carácter ambivalente, actualiza cada núcleo sintagmático para llenar de significado al significante realidad. La carga excesiva de significados acumulados tras cada palabra puede resultar incómoda a los ojos del lector, incluso puede causar un efecto de feísmo estético, y Escalera lo sabe, pero no puede actuar de otra manera si lo que busca es alcanzar su objetivo de aprehender la realidad como un todo. Solamente matizando cada objeto, cada gesto, cada oración que cada personaje pronuncia, sólo de este modo será posible que el mundo no

se desvanezca por entre los dedos de las manos. Este lenguaje *otro*, en el que no cabe la mentira, permite al autor, frente a los "discursos mentirosos" que construyen el mundo, nombrar de nuevo las cosas, acaso empezar de cero, y narrar la realidad como verdaderamente es.

En este sentido, resulta interesante la cita de José Luis Sánchez Noriega, con la que se abre el relato "La procesión de las moscas":

...por más que inculquen unas verdades uniformadoras, si no coinciden con la realidad más inmediata, un día u otro se produce la quiebra, y la hipnosis desaparece... (p. 127)

Bien parece que la literatura de Matías Escalera Cordero –y estas *Historias de este mundo* no son una excepción– quiere precipitar la quiebra con una concepción del mundo uniformada a causa de la hipnosis auspiciada por los discursos ideológicos hegemónicos. Su literatura pretende que el lector despierte del sueño hipnótico del capital y descubra de pronto que la felicidad producida no sólo es falsa sino que a la vez oculta nuestra posición de explotados en el mundo. Escalera atenta contra la palabra, contra la *forma* literaria misma, porque sabe del papel privilegiado que ocupa la literatura en la transmisión de ideología. Es por ello, y esto no es tampoco exclusivo de su último libro, que en la poética de Matías Escalera se detecta un fuerte enfrentamiento contra la tradición. De hecho, si acudimos de nuevo a su primer poemario, encontramos poemas como "A Guihen de Peitieu" o el titulado "Sin embargo", donde advierte al lector que la tradición literaria en la que, inevitablemente, se incorpora su obra se ha puesto desde su principio mismo, desde la poesía de los trovadores occitanos, al servicio de la clase dominante, por medio de una producción

poética edificada sobre la nada, el vacío y la mentira, que no hace sino *naturalizar* el sistema de explotación burgués que convierte en ideal la soledad, la alienación, el individualismo, etc. Un ejemplo de ello se localiza en esta suerte de *remake* literario realizado por Matías Escalera en el relato titulado "El lógico castigo de la orgullosa Marcela y la romántica Galatea (égloga nihilista en dos partes, con final –como es de suponer– imprevisible)". En este relato dialogado, Marcela y Grisóstomo debaten sobre el poder de persuasión y de engaño que tienen las palabras y sus consecuencias. Fijémonos en lo que le dice la Marcela al pastor enamorado: "Las palabras, querido Grisóstomo –y, por vez primera, hay ternura en las suyas–, nos traicionan y nos alejan del verdadero amor" (p. 92). En efecto, las palabras nos alejan del objeto. Ante el descubrimiento revelado por la pastora de que las palabras no sirven para acercar el amor sino que nos alejan todavía más de él, Grisóstomo no puede sino exigir responsabilidades:

GRISÓSTOMO: Entonces, los poetas nos han engañado...

MARCELA: En efecto, Grisóstomo, los poetas nos han engañado; precisamente, su arte y su habilidad consiste en la mentira...

GRISÓSTOMO: ¡Y nos han hecho enloquecer!... Ajeno a todo –incluso a la presencia de Marcela– y completamente vencido sobre el andamiaje, exclama para sí mismo: ¡Nos han mentido y nos han hecho enloquecer, los cabrones!... (p. 93).

En efecto, los poetas no han engañado; la literatura adultera la realidad que nos rodea, la mistifica, y con ello enmascara nuestra posición real en el mundo. Aunque cuando Grisóstomo le comunica su descubrimiento a Elicio, que entra en escena posteriormente, este le responde con lucidez:

ELICIO: (...) ¿Pero tú crees, de verdad, que han sido sólo los poetas, los responsables...? Para mí, que en este negocio del amor hay más gente metida; me cortaría una pezuña, si aquí no hay quien se divierte y se forra a nuestra costa... (p. 100)

Con estas afortunadas palabras de Elicio bien podemos sintetizar la tesis que Matías Escalera Cordero propone en *Historias de este mundo* y aun en el conjunto de su obra. La palabra, en concreto, y la tradición poética en un sentido más amplio, sirven para enmascarar la realidad, para presentarla ante los sujetos de forma tergiversada; pero hay alguien más en este negocio. Porque la literatura, al constituirse como privilegiado aparato de reproducción ideológica, no funciona de manera autónoma, con leyes propias, sino que lo hace al servicio de una ideología –y de una clase– dominante que se sirve de la literatura –y de su carácter presuntamente inocente, autónomo y universal– para legitimar y seguir reproduciendo sus mecanismos de explotación.

No obstante –y tal vez este hecho resulte contradictorio o pueda ser calificado de rareza, como así lo cataloga Javier Rodrí-

guez, autor de las "palabras previas" de *Historias de este mundo*– Matías Escalera Cordero se enfrenta a la literatura –y a la tradición literaria– desde la literatura misma. Porque nuestro autor no renuncia nunca a la literatura, a la creación original, a innovar la forma y a experimentar con las palabras; porque como señala Javier Rodríguez, Matías Escalera trabaja la literatura a la manera del "trabajo artesano" (p. 7). Curiosamente, frente a la literatura *light* que se consume en la actualidad, que a ritmo de *fast-food* es engullida por el mercado, podemos afirmar que Matías Escalera sigue creyendo en la gran literatura, lo cual, como dice de nuevo Rodríguez, en "la actual infantilización de la cultura (...) huele a anticuado, a arcaico, incluso" (p. 7). De hecho, podríamos afirmar que Escalera es de los pocos autores –tal vez por producir en los arrabales del mercado– que sigue creyendo en esa categoría que convencionalmente nos es dado a denominar "literatura". Quizá por ello nuestro autor propone con *Historias de este mundo* una literatura de digestión más lenta, reñida con la urgencia de nuestros tiempos, que invita a la reflexión detenida y no esquiva la relectura. Aunque tal vez, teniendo en cuenta el panorama literario actual y cuáles son los referentes literarios en nuestros días, es posible que a más de uno este libro se le atragante o le termine por provocar una indigestión. Si así fuera, serviría como prueba irrefutable de que estamos ante un gran libro.

Por **David Becerra Mayor**  
Universidad Autónoma de Madrid